

Guinea Escribe X



**X CERTAMEN
DE RELATO CORTO
GUINEA ESCRIBE**

**PREMIO LITERARIO
FUNDACIÓN MARTÍNEZ HERMANOS**

X Certamen de Relato Corto Guinea Escribe - 2025

Premio Literario Fundación Martínez Hermanos



ccemalabo.aecid.es
Facebook: CCEMalabo
Twitter: @ccemalabo
Instagram: @ccemalabo
Youtube: @ccemalabo

ccebata.aecid.es
Facebook: CCEBata
Twitter: @ccebata
Instagram: @ccebata
Youtube: @ccebata

Derechos

- © De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
- © De los textos: sus autores/as
- © De las imágenes: sus autores/as

Créditos

Corrección de estilo y texto: Grimaldo Eko Ndjoli
Maquetación: Eyi Nguema Mangue
Coordinación de las ilustraciones: Virgilio Flores Esono
Coordinación: CCE Bata y CCE Malabo

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): bibliotecadigital.aecid.es

NIPO impreso: 109-25-077-1

NIPO en línea: 109-25-078-7

Catálogo general de publicaciones oficiales: cpage.mpr.gob.es

Nota previa

La Fundación Martínez Hermanos otorga el Premio Literario Fundación Martínez Hermanos como parte del Certamen de Relato Corto Guinea Escribe. Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas, entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de España en Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal.

ÍNDICE

Prólogo	05
Sombras eternas en Ñumbili	11
Espejito, espejito	25
Muan ekuan (muñecas de plátano)	33
La letra pequeña	41
El loco de las curvas	57
El silencio de mamá	67

PRÓLOGO

«Sí, en Guinea Ecuatorial hay talento. Solo hay que dar oportunidades a los jóvenes para descubrir y pulirlo. Los hay grandes poetas encerrados en cuartos; ahí estuve en su día... y apenas me considero buena; lo son esos que seguimos sin conocer». Éstas son palabras de quizás uno de los poetas y escritores más destacados en el panorama literario de Guinea Ecuatorial en estos últimos años: Antonio Juan Okue. Las traigo a colación porque estas seis obras premiadas en el Certamen de Relato Corto Guinea Escribe X, no hacen sino ratificarlas. Se trata de relatos cortos en extensión, pero vastos en el fondo, que son más que palabras plasmadas en un soporte, algo que supera la somera acción de escribir; son gritos y lágrimas convertidas en palabras, tesoros que han estado ocultos en los santuarios de sus autoras y que, gracias a este

certamen, son por fin expuestos en el museo en el que deben exhibirse: un libro.

Un aspecto relevante que señalar en estas palabras preliminares es que, al igual que en la edición anterior a ésta, las mujeres vuelven a ser las ganadoras en todas las categorías; tanto en la Región Insular como en la Continental. No se trataba de un certamen exclusivo para mujeres, ni el jurado estuvo formado únicamente por mujeres; y efectivamente, concursaron también hombres y el jurado era mixto. En la Región Insular tenemos a Maricarmen Mansogo Edjaka, ganadora del primer premio por su obra *Sombras Eternas en Ñumbili*; en segundo lugar, tenemos a Beatriz Mbasogo Nguema Adá, autora de *Espejito, espejito*; y en tercer lugar tenemos a María del Carmen Epata Opo, autora de *Muan Ekuan (Muñecas de plátano)*. En la Región Continental, Emilia Nzang Eworo Nchama descolgó el primer premio, con la obra *La letra pequeña*, seguida de Esther Obono Meñan, con *El loco de las curvas*; finalmente, Anastasia Carmen Abogo quedó en tercer lugar con su obra *El silencio de mamá*.

No pretendo agotar al lector o lectora con un vasto discurso, dándole pistas de lectura, sino resaltar ciertos aspectos relevantes en cada una de las presentes obras. Cada opúsculo de esta publicación,

desde un punto de vista genérico, es un cuadro que pone de relieve las dolencias y padecimientos de algún joven, niño o mujer que, más allá de las sonrisas forzadas y la paz que se dice gozar, percibe silencios, juicios, soledad, mugre, penuria o violencia; excepto *Muan Ekuan (Muñecas de Plátano)*, que tiene una temática diferente.

Chupetín, el protagonista de *Sombras eternas en Ñumbili*, es un niño huérfano cuya única pertenencia es el cielo, su techo, el suelo, su lecho y una añeja agenda que le regala su maestro, en la cual nacerá su poesía, la cual mantenía viva una parte de la existencia de Chupetín y de otros adolescentes y jóvenes de Ñumbili; pues, «la poesía era todo lo que teníamos para no morir del todo», declara el narrador. *Espejito, espejito* es un llamado a no dejarse matar por nadie; a alejarnos de todo aquello que destruya nuestra integridad y nos llene la existencia de hematomas. *Muan Ekuan (Muñecas de plátano)*, con palabras más sosegadas, nos regala un viaje turístico hacia un escenario evocador: el poblado. El meollo aquí no es sino la transmisión de costumbres y tradiciones que Mbásogo, la protagonista, recibe de su abuela; pues, ésta le dice con firmeza: «mira bien, porque la próxima vez la harás tú». Zeta, en *La letra pequeña*, se encuentra metida en un dilema: ¿hacerle caso a su familia, que

trata de resolver su problema, pero sin ella; lo cual considera como «tapar una herida con tierra» o seguir el camino al que le conducen sus sentimientos? Es sorprendente la sutileza con la que Esther Obono pone en boca de un «loco» palabras con filo que, por lo visto, lo hacen más cuerdo que nadie. En esa imagen mugrienta se imprime un retrato de la sociedad, llena de «anfibios que croan promesas y comen billetes» además de suficiente basura y pan mohoso. *El silencio de mamá* nos recuerda el sacrificio de algunas madres solteras, «mujeres que se convierten en lluvia, madres que siembran fuego para que sus hijos tengan luz», pilares.

El rol social de estas obras es crucial, en tanto que cada una de ellas, aunque de forma peculiar, invita a la reflexión crítica, a la toma de conciencia mediante elementos y hechos con los que todo ser humano puede identificarse. Lo valen.

No quisiera agotar estos renglones sin expresar mis efusivas congratulaciones a estas seis brillantes y noveles prosistas ecuatoguineanas, pues, no solo escriben, sino que también impactan. Su pluma es más que entretenedora. Quisiera aplaudir de igual forma a los patrocinadores y organizadores del Certamen de Relato Corto Guinea Escribe, por su

magnífica labor y las oportunidades que brindan a los “poetas [y escritores] nacidos en grietas”, como diría el narrador de *Sombras eternas en Ñumbili*. Junto con los Centros Culturales de España en Bata y Malabo y la Fundación Martínez, cabe hacer mención de otras entidades promotoras del talento juvenil ecuatoguineano: el Centro Cultural Ecuatoguineano, Ediciones Esangui y la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española, entre otras.

Eraida Mónica **NCHAMA EYENE ADÁ**

Escritora

Bata, noviembre 2025

SOMBRAS ETERNAS DE ÑUMBILI
Maricarmen MANSOGO EDJAKA



Manuel Román Eko

Ñumbili no despierta. Ñumbili bosteza con pereza, se rasca las costras y sigue acostado. Aquí no hay amanecer: hay una luz que aparece sin ganas, como un funcionario los lunes. Y el gallo canta, sí... pero no para anunciar la mañana, sino para recordar que sigue vivo a pesar del hambre. Las calles son de tierra negra y arrogante. Tierra que no se barre, se hereda. Tierra que cruje bajo los pies descalzos como si guardara secretos antiguos, huesos de generaciones y las promesas oxidadas de campañas políticas pasadas. En una de esas calles, entre un taller que no arregla nada y una cantina sin cerveza, vive Chupetín. Chupetín no tiene nombre legal. Se llama así desde que, a los cuatro años, se tragó cinco caramelos seguidos que había robado en una boda ajena. Desde entonces, nadie le llama de otra forma. Dicen que su verdadero nombre está en alguna libreta del registro civil, olvidada entre papeles húmedos y funcionarios con resaca. Pero en Ñumbili, eso del «nombre legal» es un lujo de gente que ha probado yogur. Chupetín tiene doce años y una barriga hueca como el discurso de un ministro. Vive con su abuela, Mamá Ebele, en una casa que parece construida con restos de esperanza: cuatro chapas, una lona de campaña y una puerta que no cierra, no por confianza, sino por resignación.

Cada mañana, Chupetín se despierta con el estómago que le ruge, no como un león, sino como un tío borracho exigiendo comida. Se lava la cara con agua que no sabe de dónde viene y que, a veces, viene acompañada de gusanos. Esa mañana, mientras se rascaba el ombligo y pateaba una piedra como si fuera pelota de Champions League, le dijo a su sombra: «hoy no me muero de hambre, lo juro por el culo del presidente». No era la primera vez que hacía esa promesa, pero hoy le dolía un poco más. Tal vez porque anoche se acostó con el estómago vacío y un zumbido en el oído que parecía una mosca cantándole nanas.

En Ñumbili no hay desayuno. Lo que hay es rebusque: caminar, mendigar, robar o rezar y, a veces, todo junto. Chupetín salió a la calle con su camiseta rota del Barça —sin nombre ni número, porque en Ñumbili las estrellas no tienen apellido— y se dirigió hacia la escuela abandonada. No porque quisiera estudiar, claro. Eso era para gente que creía en el futuro. Él solo quería husmear si quedaba algo comestible en la cantina del director. Por el camino, saludó a los de siempre: Don Osuman, el poeta, que escribía versos en hojas de receta médica caducada: «Ñumbili huele a cebolla podrida y sueños calientes y aun así nadie quiere mudarse».

—¿Hoy no hay desayuno, Chupe? —le preguntó, medio en burla, medio por lástima la tía Uche, que vendía bolas de masa frita con más aceite que harina.

—Hoy desayuno dignidad —respondió él, lamiéndose los labios secos.

Cuando llegó a la escuela, todo estaba cerrado. El director no estaba. Nadie estaba. Ni siquiera el gato con sarnas que a veces lo acompañaba en sus aventuras. Fue entonces cuando lo decidió: robar pan. No por maldad. No por juego. Sino por hambre, que es el motor más honesto del mundo. Se coló por la parte trasera de la cantina, donde una ventana rota ofrecía una entrada discreta. Dentro, olía a moho, a plástico viejo y a migajas de otro siglo. Vio una bolsa sobre la mesa. Pan duro. Pero pan al fin. Lo tomó con manos temblorosas y ojos brillantes. Y, en ese instante, Chupetín dejó de ser un niño. Se convirtió en símbolo, en estadística, en amenaza para los que prefieren que la pobreza no tenga rostro. Pero él no lo sabía. Solo sabía que, por primera vez en tres días, algo iba a llenar su barriga. Aunque fuera la vergüenza. Chupetín corrió. No porque alguien lo persiguiera, sino porque la culpa viaja más lenta si se la sacude con pasos rápidos. Apretaba la bolsa de pan contra el pecho como si llevara a un hijo enfermo. Le dolían las piernas, los pulmones, la

conciencia. Pero más le dolía el estómago, ese juez implacable que no entiende de leyes ni de propiedad privada. Se escondió detrás del viejo contenedor de basura que nadie recogía desde que Ñumbili fue declarado «zona en revisión». Se sentó sobre su sombra, abrió la bolsa y miró el botín: tres trozos de pan endurecidos por el tiempo, tan duros que alguien podría usarlos para construir una casa.

—¡Hoy como, carajo! —susurró, con una sonrisa que le reventaba las comisuras. Mordió. Masticó. Cerró los ojos.

El pan sabía a gloria. Y a polvo. Y a vergüenza con mantequilla imaginaria. Pero también sabía a victoria. ¿Robo? Sí. ¿Delito? Tal vez, ¿justificable? Solo si alguna vez te dormiste con el estómago chillando como un animal herido. Chupetín no robó por gusto. Robó porque en Ñumbili el hambre es ley, y las leyes humanas siempre llegan tarde, o no llegan nunca. Robó porque la cantina tenía pan y él no tenía nada. Y entre lo legal y lo vital, eligió lo segundo. ¿Quién le enseñó eso? Nadie. O quizás sí: Ñumbili, la gran maestra. Donde los niños aprenden a contar primero los frijoles y luego las sílabas. La escuela no tenía maestros, pero sí lecciones: Si compartes tu comida, sobreviven dos, Si robas y corres rápido, no hay castigo, si lloras, hazlo sin ruido: la tristeza también tiene tarifa. En el fondo, Chupetín sabía que

había cruzado una línea. Pero en Ñumbili no hay líneas: hay grietas. Y todos caminan sobre ellas como si fueran parte del paisaje.

—¿Qué es peor? —se preguntó— ¿robar pan o robar a los pueblos? Recordó a aquel político que vino a prometerles un hospital. El mismo que trajo médicos falsos para una campaña de vacunación que dejó más fiebre que cura. Él también robó. Robó salud, confianza, futuro. Pero ese, en vez de esconderse, salió en la televisión sonriendo con niños que no eran suyos. Chupetín no sonrió. Solo comió. Porque en Ñumbili, la dignidad no se mide por lo que haces, sino por lo que haces cuando nadie más lo haría. Comió el pan como quien traga rabia. Y cuando terminó, no se limpió las manos. Dejó que las migas le cayeran al suelo, como una ofrenda a los otros niños que pasarían por ahí más tarde, a buscar, a oler, a imaginar.

En Ñumbili no hay basura. Todo puede reutilizarse. Hasta el pan robado. Hasta Chupetín. Don Faustino se levantaba todos los días a las siete, aunque ya nadie lo esperaba. La escuela estaba cerrada, los pupitres comidos por las termitas, y la pizarra solo servía para que los murciélagos hicieran *graffiti*. Pero él se ponía su camisa remendada, cogía sus tizas (sí, aún usaba tizas, porque en Ñumbili las pantallas son ciencia ficción) y caminaba hasta el

aula vacía como quien va a misa sin Dios. Decía que enseñar era un acto de fe. Y en Ñumbili, la fe es tan escasa como el ibuprofeno. Don Faustino lo vio. Desde lejos. Vio a Chupetín salir de la cantina. Vio el pan. Vio la carrera. Vio el escondite. No dijo nada en el momento. Solo se ajustó las gafas rotas —una patilla estaba sostenida con un alambre y una gota de esperanza— y siguió caminando. Pero en su pecho algo se quebró, como cuando se rompe una regla sobre una espalda inocente. Aquel mediodía, lo buscó. Lo encontró detrás del contenedor, sentado con la panza hinchada por el pan y el silencio.

—Chupetín —dijo. El niño no respondió. Solo bajó la cabeza. El apodo sonaba a sentencia cuando salía de la boca de un adulto serio—. ¿Sabes lo que has hecho?

—Sí. He comido —respondió con la voz pegada a la garganta.

Don Faustino suspiró. No había libro de pedagogía que explicara qué hacer cuando un niño roba comida y tú, el maestro, ni siquiera puedes ofrecerle una galleta.

—¿Sabes que eso es robar?

—¿Y qué más hago, maestro? ¿Espero a que el aire se fría solo? ¿Le pido permiso al pan? ¿Le escribo una carta al ministro?

El viejo se quedó callado. Chupetín levantó la mirada. Tenía los ojos llenos de polvo y fuego.

—¿Usted nunca robó, maestro?

Faustino quiso decir que no. Quiso repetir la vieja frase: «yo fui pobre, pero honrado». Pero se mordió la lengua. Porque recordó los lápices que una vez se llevó del almacén del Estado. Recordó los sueldos fantasmas, los certificados vendidos, los informes maquillados. No, no era un santo. Era un superviviente.

Se sentó junto a Chupetín, sin decir nada durante un rato. El silencio pesaba más que el hambre.

—No me gusta lo que has hecho, hijo. Pero entiendo por qué lo hiciste —dijo al fin.

—¿Entonces, me va a castigar?

—Ñumbili ya te castiga todos los días, muchacho. ¿Para qué añadirle más leña a ese infierno?

Se sacó una pequeña libreta del bolsillo. Estaba raída, con bordes quemados. Se la entregó a Chupetín.

—Escribe aquí todo lo que sientas. Todo lo que te duela. Todo lo que te dé rabia. Cuando no puedas comer, escribe. Cuando quieras robar, escribe. Y si un día no queda tinta... muerde la hoja. Chupetín la tomó sin entender del todo. Pero le gustó tener algo.

Algo propio. Algo que no fuera mugre, hambre o vergüenza.

—¿Qué escribo primero?

—Escribe tu nombre. El verdadero, si lo recuerdas. Si no, invéntate uno. En Ñumbili, todo lo real empieza con la imaginación.

Y allí quedó el maestro. Sentado con su alumno más hambriento, educando sin aula, sin libro, sin sueldo, solo con el peso de una historia que dolía, y el deseo imposible de que la próxima generación no tuviera que robar pan para escribir poesía. La libreta olía a viejo, a sudor de bolsillo y a papel que ha visto demasiado mundo sin moverse de sitio. Era pequeña, de tapas blandas y arrugadas, con una mancha que parecía mapa de un país que nadie ha descubierto porque no interesa. Chupetín la abrió con timidez. El primer folio crujió como un secreto. Cogió un pedazo de carbón del suelo, lo afiló con una piedra, y lo convirtió en lápiz salvaje. Y escribió:

«Me llamo Chupetín porque no tengo otra cosa que chupar. Hoy he comido pan robado y no me siento ladrón. Me siento vivo. ¿Eso también es delito? El maestro me ha dado esta libreta para que no robe más. Pero si algún día la lleno, ¿me dará otra? ¿O me dará arroz?»

Las palabras salían como vómito dulce. Desordenadas, furiosas, sin ortografía ni miedo.

Porque en Ñumbili, la gramática es opcional. La rabia, no. Escribir lo calmaba. Como si cada palabra escrita fuera un ladrillo menos en su estómago vacío. Y así, cada tarde, Chupetín escribía. La libreta empezó a llenarse. Y, poco a poco, el barrio comenzó a enterarse.

Don Osuman, el viejo poeta, pidió leerla. Lloró con una página. Rio con otra. Y dijo:

—Esto no es una libreta. Esto es un espejo. Ñumbili por fin se está mirando. Chupetín no lo entendía del todo, pero notaba que cada vez que alguien leía una página, le daban un trozo de pan o un mango o un abrazo.

—Tal vez pueda escribir hasta llenarme —pensó.

Un día, una chica le pidió que le leyera en voz alta. Era Ndome, de la otra calle, la que se inunda cada vez que llueve y que nunca sale en los mapas. Mientras él leía, ella lo miraba con los ojos abiertos como ventanas sin cortina.

—Tú no eres ladrón, Chupetín. Tú eres escritor —le dijo.

Él sonrió por primera vez, de verdad. Porque esa palabra —escritor— sonaba más rica que el pan robado. Más llena que su barriga. Más grande que Ñumbili.

Pero los rumores comenzaron a crecer. Y ya sabemos lo que pasa cuando los pobres se hacen escuchar. Alguien, en alguna oficina con aire acondicionado, empezó a preguntar:

—¿Quién está escribiendo esas cosas?

Y Ñumbili se estremeció porque cuando un niño se convierte en voz, los poderosos empiezan a tener pesadillas. Dicen que la poesía nace en las bibliotecas, entre catedrales de silencio y hojas perfumadas. Dicen que los escritores se forjan con becas, cafés tibios y talleres literarios donde todos usan gafas redondas... Mentira. Los verdaderos poetas nacen en las grietas. En barrios como Ñumbili, donde las palabras duelen más que las balas. Donde los niños no riman por gusto, sino por necesidad. Donde el hambre se conjuga en presente perfecto: «no he comido, pero sigo».

La libreta de Chupetín se llenó. No de letras solamente. Sino también de barro, de sangre seca, de lágrimas que no se evaporan. Ndome escribió también, y luego Jomalito y luego Fatu. Ñumbili se llenó de cuadernos sucios. La poesía se volvió epidemia. Un virus imparable que no mataba, pero despertaba. Las paredes se llenaron de versos:

«Si no hay pan, habrá palabra».

«Robé un poema, y nadie me persiguió».

«El silencio también es un crimen».

Las autoridades llegaron tarde, como siempre. Pero cuando llegaron, no encontraron armas. Solo libros hechos, niños recitando versos en las esquinas y adultos llorando al escucharlos. No podían arrestarlos a todos. ¿Meter en la cárcel a un niño por escribir que tiene hambre? Ñumbili ya no era solo un barrio, era una editorial sin papeles, una universidad sin matrícula, una patria sin himno entre un pedazo de pan duro y un pedazo de esperanza blanda. En Ñumbili, donde robar comida era poesía. Y la poesía era todo lo que teníamos para no morir del todo. Porque al final, los verdaderos escritores no nacen en salones cómodos. Nacen en la esquina donde se apaga una farola y un niño enciende su rabia. Nacen donde la vida escupe, pero el alma responde con tinta. Nacen donde no hay nada... excepto la urgencia de decirlo todo. Y eso es Ñumbili. Una herida que escribe. Un barrio que rima. Un lugar donde las sombras no apagan la voz, sino que la hacen más fuerte. Sombras eternas en Ñumbili no es un libro. Es un grito. Y tú, lector, al leerlo también eres parte del poema.

ESPEJITO, ESPEJITO
Beatriz MBASOGO NGUEMA ADA



Manuel Román Eko

No era la primera vez que me miraba así. Con el rostro quieto, la boca cerrada, los ojos medio muertos. Pero fue la primera vez que aguanté la mirada. El espejo estaba sucio. Una raya de pasta de dientes seca cruzaba la parte de abajo. Una gota marrón, tal vez de maquillaje viejo, se deslizaba lento por el borde. Me acerqué. Me vi. Y no me gustó lo que vi.

Tenía una marca en el pómulo izquierdo. Ya no dolía. Solo estaba allí, como una firma olvidada. Una línea leve, amarillenta, casi invisible... salvo para mí. También tenía las ojeras más profundas que recordaba. El cabello se me pegaba a la frente como si intentara esconderme la cara. «Estás envejeciendo», pensé. Pero esa no era la verdad. La verdad era que ya no me reconocía.

—Y ahora, ¿qué? —dije en voz baja, sin moverme.

El reflejo respondió. No con palabras. Con un eco. Una sensación. Como si mi silencio se devolviera y me mordiera la lengua.

—¿Te acuerdas de la primera vez que lloraste sin lágrimas? —me preguntó.

Y sí, me acordaba.

Él había gritado. No porque yo hubiera hecho algo malo, sino porque necesitaba que alguien fuera su culpa. Y yo, como buena esposa, buena mujer,

buena estatua, me callé. Desde entonces, cada vez que él levantaba la voz, yo bajaba la cabeza. Cada vez que golpeaba la mesa, yo recogía los platos antes de que volaran. A veces no me pegaba. Pero dolía igual. Dolía su silencio. Su ausencia. Su forma de mirar a otras como si yo no estuviera hecha de nada.

Me toqué el cuello. Había una pequeña cicatriz detrás de la oreja. Esa sí me la había hecho él. Una noche después de una fiesta. Cuando todos se fueron y él se quedó con los celos atascados en la garganta. No fui al hospital. Dije que me corté con una puerta. Mentí con una facilidad que me asustó.

—¿Por qué me quedé? —me pregunté. Y el reflejo me miró como si ya supiera la respuesta. Porque le tenía miedo. Porque me dio pena. Porque tenía esperanzas. Porque creí que el amor se parecía a eso. Porque me enseñaron a aguantar. Porque no sabía cómo salir. Y porque, con el tiempo, yo también me convertí en mi enemigo.

Me pasé los dedos por los labios. Estaban secos. No recordaba la última vez que los pinté. La última vez que me reí con ganas. La última vez que alguien me tocó sin romperme. A veces, al dormir, soñaba que él volvía. Y me pedía perdón. Pero en el sueño yo no decía nada. Solo lo miraba... y me iba. Me despertaba siempre con la garganta apretada.

Hoy no vino. No llamó. No me gritó. No me culpó de nada. Hoy me miré al espejo y me di cuenta de que yo tampoco estaba. Entonces, dije algo que nunca había dicho.

—Ya no tengo miedo.

Pero en cuanto lo dije, una voz más honda dentro de mí se rebeló: «no es cierto. Sí tienes miedo. Has vivido con miedo tanto tiempo que le tejiste una cama en el alma».

Me miré de nuevo. Con más fuerza. Más cerca.

—Mírate —dije, casi escupiéndolo—. ¿Esto eres? ¿Esto te has hecho?

Mis manos temblaban. En una sostenía un peine viejo. En la otra... unas tijeras. No recuerdo cuándo las cogí. Solo que ahí estaban. Tan fáciles. Tan frías. Tan dispuestas.

—¿Ibas a quitarte la vida... siendo así de hermosa? —me pregunté.

Y por primera vez en mi vida, me respondí:

—No puedo. No debo. No merezco desaparecer. No así.

Solté las tijeras. Cayeron en el suelo como un suspiro de metal. Me puse perfume. Aunque no tuviera a quién agradar. Me puse aretes. Los pequeños, los que me regaló mi madre antes de morir. Y, frente a mi reflejo, desnuda de todo menos

de rabia y de verdad, me hablé. Recordé quién era. O quién había sido. O quién quería volver a ser.

Soy la que se quedó. La que aceptó las migajas como maná. La que se dejó arañar la piel y el alma por alguien que decía amarla. Fui yo quien creyó en los «perdón». Fui yo quien lavó la sangre del piso mientras él me decía «no volverá a pasar». Y pasó. Y volvió a pasar. Y yo también volví.

Fui yo la que vio venir el puño y, en vez de huir, cerré los ojos como si me lo mereciera. Como si un golpe fuera una caricia torcida. Como si su rabia tuviera mi nombre escrito. Él me decía «mi amor» con los dientes apretados. Y luego me partía la boca con el mismo aliento. Y yo... le cocinaba igual. Le limpiaba igual. Me acostaba a su lado como una tumba tibia.

Hoy, busqué algo en el cajón. No dinero. No maquillaje. No esperanza. Un cuchillo. El pequeño. El de pelar naranjas. El mismo con el que antes abría mangos para las visitas. Lo deslicé en la palma de mi mano. No cortó. Solo asustó.

Volví al espejo. Lo miré. No con odio. Con agotamiento. Apoyé las manos en el lavamanos. La cerámica estaba fría. Me miré otra vez. Más profundamente. Me toqué la cara como si quisiera reconocermé. Acaricié el pómulos donde una vez tuve

un hematoma. El labio que me partió. La cicatriz detrás de la oreja.

Abrí el cajón del maquillaje. Casi todo estaba seco. Pero encontré un labial rojo que aún servía. Me pinté los labios torpemente. Me puse perfume. No por él. Por mí. Me puse los aretes pequeños, los de mi madre. No me sentía valiente, pero me sentía despierta.

Y en ese baño frío, con la luz parpadeando y el espejo empañado, decidí quedarme. Decidí quedarme conmigo. Apagué la luz. Salí del baño. Y cerré la puerta como quien deja atrás una tumba.

MUAN EKUAN
(Muñecas de plátano)
María del Carmen EPATA OPO



Anselmo Pérez Mba Mangué

Mbasogo limpiaba la piel muerta de la planta del pie izquierdo de su abuela, demasiado mayor para dedicar tiempo y esfuerzo a esa tarea. Estaban en la cocina al aire libre, en una cama junto a la puerta que daba al patio, frente a otras cocinas y casas de Anungom Esabeñ. Al otro lado, un sendero se abría entre la vegetación y la maleza, conduciendo al bosque y al río Mebimeñere, la arteria del pueblo.

La leña crepitaba bajo el fuego, y una olla con yuca reposaba tras hervir, invadiendo el ambiente con ese aroma tan característico que tiene la yuca recién hecha. El otro fogón estaba apagado, y la cocina, vacía. Su tía y su prima veían *Doña Bárbara* en la televisión de la casa principal. Su hermano mayor jugaba con sus primos y no volvería hasta la cena. Su padre se había quedado en Ebibeyin por gestiones y, probablemente, regresaría la semana siguiente a por ellos. Su abuelo, como siempre, estaría en el Abáá, la casa comunal del pueblo.

La abuela descansaba con los ojos entrecerrados, su rostro atrapado entre el cansancio y la calma. Mbasogo pensó que los mayores parecían llevar el peso de un saber que los jóvenes aún no alcanzaban a vislumbrar, como si la edad les tallara esa expresión serena y distante.

Ya había avanzado en la pedicura; ahora tocaba la verdadera labor: extraer las niguas, un mal común

en el pueblo por los cerdos que vagaban sueltos. Con una hoja fina, de las que vendían en la abacería, hurgaba con cuidado. Los veranos en Anungom Esabeñ le habían dado experiencia, aunque todavía recordaba el escalofrío de su primera extracción y el picor incesante que le había advertido de la pequeña y molesta invasión. Las niguas eran más frecuentes en su abuela, que ignoraba el consejo de usar zapatos cerrados.

Trabajaba en silencio, dejando que los sonidos de la tarde llenaran el aire. Unas niñas pasaron discutiendo; eran las sobrinas de la señora Alogo, vecinas de la colina, que también estaban de vacaciones ese verano de 2011. Su pelea giraba en torno a cuál de sus muñecas era más guapa y qué vestido o peinado era el mejor.

La abuela alzó la vista, como si los recuerdos la hubieran atrapado de repente.

—Nosotras pasábamos horas entre los plataneros fabricando nuestras muñecas —dijo la abuela rompiendo el silencio con un ojo abierto hacia el patio, donde las voces de las niñas se desvanecían—. No como ahora, que compran esas de plástico que no se parecen a las nuestras y algunas hacen esos ruidos tan molestos y no callan nunca.

—¿Cómo eran vuestras muñecas, *Abue*? —preguntó Mbasogo, siempre ansiosa por las

historias de su abuela. Como los cuentos sólo se contaban de noche, aprovechaba cualquier oportunidad que tenía para escuchar una buena historia. La abuela se acomodó en la cama y, con una sonrisa, comenzó:

—La primera muñeca la tuve a los cinco años. *Muadjang*, mi hermana mayor, la hizo para mí. *Muadjang angue bo me muan a bokuan* (mi hermana me hizo una muñeca de tronco de plátano)—dijo. La vi fabricarla. Un día pedí una, y me llevó tras los plataneros. «Mira bien», apremió, «porque la próxima la harás tú».

Tomó un plátano pequeño, de los que acaban de brotar, y lo cortó con un machete viejo, poco afilado y algo torcido. Le costó, pero extrajo un trozo que cabía en mis manos. Luego lo peló quitando capas de verde hasta revelar el blanco del corazón. Cuando quedó satisfecha, ya había anochecido, y volvimos a casa para la cena.

Mbasogo, con la hoja inmóvil, la miró incrédula.

—¿Muñecas de plátano? Pero, *Abue*, ¿cómo se jugaba con ellas? ¿Cómo las trenzaban o vestían? —inquirió, tratando de imaginarlo.

—Eran de plátano, sí —continuó la abuela, moviendo la pierna para recordarle que continuara— Los días siguientes, mi hermana machacó la parte

superior con piedras y palos. Verás, hay que trabajar las fibras del corazón para que queden suaves, como el cabello. Eso toma tiempo. Tras dos días, el pelo estaba listo. Con un cuchillo, le talló ojos, nariz y boca, y luego usó carbón para teñir las fibras.

—¡Wow! —Mbasogo retomó la extracción, fascinada—. Entonces, solo se podía trenzar el pelo, porque no tenían brazos ni piernas. ¡Es tan diferente a las muñecas de ahora! La mía, en Malabo, cambia de color con agua fría o caliente. ¡Te la traeré para que la veas! —aseguró, entusiasmada por compartir algo de su mundo con su querida *Abue*.

—Nos sentábamos a trenzar los peinados —continuó la abuela, observando cómo Mbasogo aplastaba la última nigua—. Competíamos por la trenza más bonita o la muñeca con el mejor pelo. Pero, con el tiempo, mi muñeca empezó a descomponerse. Las raíces del cabello se oscurecieron; era la señal. Quise que durara para siempre, porque mi hermana la había hecho para mí, y era un regalo especial, ¿entiendes? —su voz tembló ligeramente—. Pero ella dijo que así debía ser, y que ahora me tocaba hacer una. Y lo hice. Luego, fabriqué la primera muñeca de Ncham, tu otra abuela. Para entonces, ya no necesitaba muñecas; tenía a Ncham para peinar y cuidar. Y

luego, me casé y tuve a mi propia muñeca, Ongunguan, tu tía.

Su mirada se perdió en la pared, donde el número de teléfono de Ongunguan, escrito en carbón, seguía intacto. Era el número que usó tras casarse y mudarse al pueblo de su marido. Mbasogo nunca conoció a su tía; Ongunguan que murió años antes de que ella naciera. Pero en ese momento, mirando a su abuela, sintió un hilo invisible que la unía a todas esas mujeres de su pasado que no conocía, pero con las que compartía un lazo generacional.

—¡Oye, *Abue!* —dijo, captando su atención—. ¿Me enseñarías a hacer una muñeca de plátano? Quiero hacer una para mi futura hermanita.

Sonrió imaginándose sosteniendo esa muñeca de plátano que aún no conseguía visualizar.

La abuela la miró con calidez mientras Mbasogo mojaba una toalla en agua caliente para limpiar sus pies, terminando la tarea. La tristeza que a veces la embargaba se desvaneció, reemplazada por la alegría de ver a su nieta abrazar una tradición que parecía desvanecerse incluso en su memoria.

—Claro, hija —respondió—. Te enseñaré, y tú se lo enseñaras a ella.

LA LETRA PEQUEÑA
Emilia NZANG EWORO NCHAMA



Marcelino Nguema Owono Angue

A veces, Zeta se preguntaba si el silencio tenía forma. No sé... como si se pudiera tocar. En su casa ese silencio no era simplemente la ausencia de ruido, no. Era otra cosa, estaba ahí, como una presencia pegajosa, medio invisible, pero real. Como esas mañanas en que te despiertas y la sábana está medio húmeda y fría, y no sabes si es por el sueño o por lo que soñaste. O como ese sonido extraño que hacen las paredes viejas cuando todos duermen, como si la casa misma respirara despacio, conteniéndose. En ese silencio, el suyo, el de su casa, se escondían cosas. Palabras que nunca salieron, emociones que alguien guardó por miedo o costumbre... y juicios. De esos que no se dicen, pero se sienten. Como miradas que pesan o gestos que se clavan más que una frase hiriente. Era un silencio denso. De esos que no dejan espacio ni para respirar tranquila.

Zeta no era su nombre de nacimiento. A los diecisiete lo abandonó, como quien deja una casa en ruinas. Había llegado a la conclusión, después de muchas noches llorando en su cuarto, con la puerta cerrada para que no la escucharan, que llevar el nombre que eligieron sus padres era una forma de servidumbre emocional. «Te llamamos así porque así se llamaba tú abuela», decía su madre con orgullo que pesaba como piedra. Pero para zeta, eso era una cadena, un legado no elegido. Escogió «Zeta»

porque era la última letra. para ella, significaba el final de todo lo impuesto.

Era su punto de partida. Pero en casa, nadie usaba ese nombre.

—No empieces con tus ridiculeces —aseveraba su padre con voz áspera—. Ese no es tu nombre. Eso es... otra de tus invenciones enfermas.

Y ahí estaba la palabra: enfermas. Todo lo que no encajaba en la rutina conservadora de su familia era etiquetado como desviación, maldición o —en el peor de los casos— brujería. Zeta había intentado hablar de ansiedad con su abuela, una mujer de piel curtida por los años y los rezos. Pero la respuesta fue un susurro grave:

—Eso no es ansiedad niña, alguien te ha echado algo. Hay ojos malos puestos sobre ti.

Zeta no respondió. No tenía sentido.

En su habitación, el único lugar donde podía ser ella misma, tenía un cuaderno escondido bajo el colchón de su cama. Ahí escribía todo lo que no podía decir, lo que no podía gritar. En una de las páginas con tinta manchada por las lágrimas secas, había escrito: «No estoy maldita. Estoy cansada. Estoy sola. Y, sobre todo, estoy harta de que me curen rezando, cuando ni siquiera me escuchan».

Su familia no era cruel. Pero tampoco justa. Desde pequeños, a sus hermanos les enseñaron a

obedecer sin cuestionar, a repetir las mismas frases que sus padres, a callar las emociones porque «en esta casa no se llora por tonterías».

Para Zeta, todo eso —las reglas, los silencios, la forma en que debía existir— era como un veneno lento y silencioso. Uno que no ardía, pero que día a día la apagaba un poquito más. Sin embargo, cuando intentaba rebelarse, no lo hacía con gritos, lo hacía con ausencias. Dejaba de hablar, en ocasiones no bajaba a cenar y se encerraba en su habitación, sumida en un mar de pensamientos que la arrastraban al fondo de sí misma. Su madre, que entonces llamaba a la curandera del barrio, una mujer con ojos hundidos que traía hierbas, huevos y oraciones como armas contra los espíritus tristes.

Una tarde, mientras aquella mujer le pasaba un huevo por la frente —Zeta acostada, sin mover ni un músculo—, algo se le cruzó por la cabeza: ¿qué pasaría si realmente estuviera poseída? ¿Y si lo que me sucede es algo que se puede sacar con un rezo? ¿No sería eso más fácil de explicar que lo que siento cada día?

La historia de Zeta no tenía un origen claro, no había un gran trauma. No hubo golpes, ni gritos, ni cosas de esas que salen en los documentales. Solo... años. Años de sentirse fuera de lugar, de vivir en una estructura que no contemplaba que alguien como ella

pudiera existir. Un molde demasiado estrecho, que apretaba por todos lados y que dolía. Un hogar que no era refugio, sino prisión. Y así, cada día, Zeta luchaba por mantenerse entera, aunque nadie viera que estaba rota por dentro. Pero esa noche, una parte de ella se quebró un poco más y, del fragmento que cayó dentro de ella, nació una idea temblorosa, frágil, como la llama de una vela en una habitación con ventanas abiertas: salir. Aunque fuera por unas horas, aunque fuera en silencio.

Se puso una sudadera grande, de esas con capucha. Se cubrió la cara como quien se pone una máscara, no para esconderse, sino para protegerse. Volvió a guardar el cuaderno bajo el colchón —como quien deja un testigo, una promesa de que va a volver— y salió de puntillas al pasillo. Esquivó las baldosas flojas, esas que siempre chillaban como si quisieran delatarla y llegó al viejo almacén de herramientas. Salió por la ventana medio rota que había sufrido desgaste con el pasar del tiempo. La reja ya estaba oxidada, rendida al tiempo.

Al salir, el aire le dio de lleno. Olía a tierra húmeda, a hojas caídas, a libertad, quizá. Y por un instante, Zeta recordó que el mundo era más grande que su casa. Y eso, aunque fuera apenas un pensamiento, ya era una forma de esperanza. Zeta no tenía ni idea de a dónde ir, solo caminaba, sin rumbo.

Como si la urgencia de no ser vista fuera más fuerte que cualquier destino. No llevaba dinero, ni teléfono —su madre se lo había quitado hacía dos semanas por «faltar el respeto», lo que en su casa podía significar casi cualquier cosa—. Solo cargaba con esa sensación en el pecho... esa corazonada de que allá afuera, en alguna parte, aunque no supiera dónde ni cómo, podía haber otra respuesta. Algo distinto, algo que no doliera tanto.

Sus pasos, sin saber cómo, la llevaron hasta un parque medio olvidado. De esos que de día pasan desapercibidos, pero de noche, parecen esconder secretos. A lo lejos, un grupo de chicos hablaba en voz baja, casi como un murmullo. Uno de ellos estaba apartado, sentado en una banca, con la mirada perdida en algo que no estaba ahí. Zeta dudó. Pero, al final, fue como si sus pies decidieran por ella. Se acercó y se sentó en el otro extremo, sin decir nada. Solo estar. El chico, de piel morena y ojos de esos que miran como si ya supieran cosas, la observó de reojo.

—No pareces de por aquí —dijo, sin tono agresivo, más bien como quien lanza una pregunta envuelta en curiosidad.

Zeta se encogió de hombros.

—Tampoco de allá —respondió, señalando al vacío, a ninguna parte.

Él soltó una risa corta, no burlona. Una de esas risas que salen cuando alguien entiende algo sin necesidad de explicarlo.

—Yo me escapé de casa hace tres días — confesó, como si ya se conocieran de antes, de otra vida o de otro dolor—. Mi viejo me quería mandar a un centro de «reorientación». Dice que tengo un espíritu débil. Que soy... defectuoso.

Zeta lo miró con esa forma de mirar cuando alguien está tratando de no romperse más.

Él continuó.

—Le conté que me gusta un chico. Y fue como decirle que estaba endemoniado. Me roció agua bendita. Llamó a un pastor, me encerraron.

Me escapé por la ventana del baño, con los pies mojados y el corazón... no sé, hecho trizas.

Y entonces, el silencio se volvió otra cosa. No era incómodo. Era... compartido. Como si ambos entendieran que no hacía falta hablar para decir mucho.

Zeta rompió el momento y habló, sin mirarlo:

—En mi casa no creen que esté enferma. Dicen que lo mío es porque alguien me envidia. Que tengo el alma sucia o que me hicieron algo raro. Pero nadie —nadie— me ha preguntado por qué me da miedo salir de mi cuarto. Por qué no puedo respirar cuando mi madre empieza a gritar. Solo me dan infusiones

de hojas que no sé ni de qué son, me rezan encima... y me dicen que me calle.

El chico —que luego supo que se llamaba Damián— asintió despacio, como quien confirma una verdad que ya ha vivido.

—Nos quieren curar sin escucharnos. Es como tapar una herida con tierra. Se pudre.

Ese momento, ese instante robado a la noche, fue sagrado. No porque sanaran sino porque, al menos, por un rato, dejaron de sentirse tan solos con sus grietas. Dos desconocidos reconociéndose sin pedir permiso. Damián le ofreció un chocolate que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Zeta aceptó. Lo masticó lentamente, como si el dulce pudiera suavizar la amargura que llevaba por dentro.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó él, con voz tranquila, casi tierna.

Zeta miró las estrellas. Por un segundo —solo uno— pensó en su cuarto vacío, en su madre despertando y encontrando la cama sin ella, en el temblor de la culpa que siempre llegaba puntual como un látigo, en el grito inevitable, en la próxima sesión con la curandera, con su mezcla de humo, huevos y oraciones. Pero también pensó en ese instante. Ahí. Sentada junto a un chico extraño que no le pedía explicaciones. Que no la miraba como si estuviera rota.

—Voy a volver —dijo en voz baja, pero diferente. Casi como quien confiesa un plan que aún no entiende del todo. —Voy a escribirlo todo, cada palabra que me digan, cada silencio que me impongan, cada intento de «curarme» con aceites, con hierbas, con esas cosas que no tocan lo que duele de verdad. Necesito entender por qué quedarse... duele tanto.

Damián la miró de lado y le sonrió, de esa forma tranquila que tienen los que ya pasaron por mucho.

—Tal vez eso es resistencia —dijo—. A veces, quedarse también es rebelarse.

Caminaron juntos hasta la esquina más cercana a la casa de Zeta. No se abrazaron, ni se prometieron nada. Solo se regalaron una última mirada, de esas que pesan más que cualquier palabra. Y cuando Zeta volvió a colarse por la misma ventana por la que había salido, el mundo seguía igual. No había cambiado nada, pero ella sí, un poquito. Lo suficiente. El amanecer apenas comenzaba a teñir el cielo de un gris casi azul. No encendió luces, no hizo ruido, pero el crujido de la puerta de su cuarto —maldita madera floja— la delató.

—¿Dónde estabas? —la voz de su madre fue un latigazo directo al pecho—. ¿Dónde, Zeta? Le dijo su nombre, ese nombre, el que ya no sentía

como propio. En su tono no había ternura ni alivio, solo furia y juicio. Ya no era un llamado... era una sentencia. Zeta apenas alcanzó a girarse antes de que su madre irrumpiera en la habitación. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Te buscamos por todas partes! —seguía gritando—. ¡Tu abuela dijo que sintió una presencia oscura! ¡El gato estaba muy inquieto y no quiso entrar al altar! ¡Y tú... tú ahí afuera como si nada!

Zeta quería hablar, explicarle. Decirle que no estaba escapando, sino respirando. Que se sintió más vista por un extraño en un parque que en toda su vida bajo ese techo. Que el peligro no estaba afuera, sino adentro. Pero su madre no estaba para escuchar. No esa mañana.

—Esto no es normal, hija. No es normal que te encierres, que no comas, que no salgas del cuarto. ¡No es normal que no quieras vivir como Dios manda! Algo... algo te están haciendo.

Y entonces, Zeta lo entendió. Por primera vez, de forma brutal y clara: no la veían como una hija que sufría. No. La veían como un síntoma. Como una señal de que algo estaba roto en la familia. No era la enferma. Era la portadora del «mal». La prueba viviente de una herida que nadie quería mirar, que todos querían exorcizar, pero no entender.

—¿Y qué crees que me están haciendo?
—preguntó ella, sin alzar la voz. Con una calma que quemaba.

Su madre titubeó. Se cruzó de brazos. Tenía las lágrimas colgando todavía de las pestañas.

—Tu tía... tu tía dijo que puede ser brujería.

Zeta retrocedió. Un paso. Solo uno. Pero fue suficiente.

—¿Y alguna vez pensaste que esto... —se señaló el pecho, firme— esto que siento... no viene de afuera? ¿Que tal vez nace aquí? De cómo me hablas. De cómo me exigís. De cómo me ignoráis.

Entonces cayó el silencio. No el de antes. No el compartido. Este era otro. Un trueno seco. Un abismo entre dos mundos que ya no podían tocarse. Su madre apretó los labios. El temblor en sus manos ya no era solo rabia. Era otra cosa. Más vieja. Más honda. Algo que venía de mucho antes de Zeta.

—Yo también me encerraba a tu edad —reconoció, de pronto, como quien abre una caja que llevaba años cerrada—. Tu abuelo decía que estaba endemoniada. Me hacían dormir con crucifijos bajo la almohada. Me llevaban al río. A rezar. Nadie me preguntó por qué lloraba.

Zeta sintió el nudo, ahí, bien puesto en la garganta. Esa confesión... no sabía qué hacer con

ella. ¿Era una muestra de empatía? ¿Un intento torpe de justificar lo injustificable?

—Entonces... ¿por qué me haces lo mismo? —le salió, bajito. Pero firme.

Su madre desvió la mirada. Como si no pudiera sostenerla. Se dejó caer en la cama, de lado, como si de repente le pesaran todos los años. Se llevó las manos a la cara, se frotó la frente con los dedos duros, gastados.

—Porque no sé hacerlo distinto, Zeta. Porque así me criaron. Porque... tengo miedo. Porque si tú estás enferma, y yo no me doy cuenta... entonces fallé como madre.

Zeta se sentó a su lado. No la tocó. No la abrazó. No la perdonó. Pero la escuchó. Y. en ese momento —breve, quebrado—, su madre dejó de parecer esa figura rígida, casi de piedra, que imponía miedo y obediencia. Era solo una mujer. Herida. Repitiendo los mismos gestos que le habían enseñado otras mujeres igual de heridas. Eso no borraba el daño. Pero explicaba algo. Y eso, para Zeta, ya era un comienzo. Esa noche no hubo oraciones, solo dos mujeres sentadas en silencio, intentando verse... con menos miedo. Con más verdad.

Después de eso, Zeta no volvió a salir por la ventana. No porque temiera el castigo, no. Sino

porque entendió que su forma de resistir necesitaba otra estrategia. Sacó el cuaderno de debajo del colchón. El mismo de siempre. Pero esta vez, lo abrió con otra intención: no solo para soltar lo que dolía, sino para dejar constancia. Para entender. Para contar lo que nadie decía.

En la primera hoja escribió con letra firme, sin temblor: «Crónica de lo que no se dice. Por Zeta». Cada entrada era una pieza, un trozo de su historia, de la presión invisible, de los días en que su cuerpo parecía un disfraz y de las noches en que soñaba con romper las paredes de la casa como si fueran de papel. Pero al escribir pasó algo. Empezó a mirar distinto. Y al mirar distinto, empezó a ver a su familia no como enemigos, sino como sobrevivientes, como gente que también cargaba silencios, de otros tiempos, de otras heridas.

Un domingo cualquiera, mientras hojeaba un álbum familiar que olía a polvo y tiempo, Zeta encontró algo que le dio la vuelta a su mundo. Una foto, vieja y desgastada. Su abuela, joven, vestida de hombre, Pantalón ancho, tirantes y una mirada directa. Y esa sonrisa... franca. Casi desafiante. En el reverso, con letra apretada: «Mi única verdad».

Zeta se quedó mirando la imagen un buen rato, como si el tiempo se hubiese detenido ahí, en ese gesto rebelde atrapado en papel. Esa no era la mujer

de las velas, ni la que murmuraba letanías cada semana con los ojos cerrados. Era otra. O quizás la misma, pero antes de esconderse. No dijo nada, solo guardó la foto entre las páginas de su cuaderno, como quien esconde una chispa para otro incendio. Y escribió, con el corazón latiéndole en las yemas de los dedos: ¿Qué pasa cuando una mujer renuncia a sí misma para convertirse en autoridad? ¿Cuántas veces tuvo que enterrarse para poder guiar a los demás? Esa noche, Zeta se sentó en su cama, el cuaderno abierto sobre las piernas, la lámpara encendida apenas. Afuera, silencio. Y ahí entendió algo que, hasta entonces, le había costado ver: No era la única que sufría. Sí, era la única que por ahora estaba dispuesta a nombrarlo. A romper el ciclo. El dolor de su familia no la excusaba. Pero... explicaba. En la explicación no encontró consuelo, pero sí una especie rara de comprensión. No un perdón inmediato. Pero sí una rendija de entendimiento. Esa noche se durmió con el cuaderno bajo la almohada. Y, por primera vez, no soñó con escapar. Soñó con hablar. Con decirlo todo. Aunque la voz le temblara. Aunque nadie... quisiera escucharlo. Como la letra pequeña, que nadie lee.

EL LOCO DE LAS CURVAS
Esther OBONO MEÑAN NNEMKUM



Jaime Obama Mofuman

Esta mañana llovió. El cielo volvió a orinarse, como dice el que no existe. Cuando pasa eso, los perros se esconden y los zapatos dormidos despiertan. A mí no me molesta. El pan de los contenedores se moja, y cuando se moja, huele más fuerte. Cuanto más huele, más bueno está. No me gusta quitar el desayuno a los gusanos, pero hoy me toca a mí.

—Aquí no hay pan —dijo el que no existe, alzando la tapa con una rama—. Vamos al de la farmacia. Ese tiene tapa, no se mojó.

Le hice caso. Siempre tiene razón, aunque nadie lo escuche. Nadie lo ve.

Ese es mi contenedor favorito. A veces, hay pan dulce con manchas verdes, leche vencida o arroz. También dejan papeles. Me gusta leerlos, aunque no tengan dibujos. Algunas letras suenan bonitas, aunque no digan nada.

—Ahí viene la madre podrida —susurró él.

Giré la cabeza. Era una mujer de vestido rojo muy corto, labial pegado a los dientes y sandalias rotas. Cargaba dos niños dormidos, uno adelante y otro atrás. El hombre con ella no era el mismo de ayer. Éste tenía las monedas frías en la mano.

—Ella le quitará todo. Fingirá que lo ama siete minutos, y luego enfermará y morirá. Como todos —dijo el que no existe.

—¿Es un demonio? —le pregunté, masticando pan.

—No. Es peor que un demonio —respondió él.

Me reí. Fue una risa hueca, sin aire. Los niños vendedores me miraban desde el otro lado de la curva.

—¡Mira al loco! ¡Otra vez comiendo basura! ¡Lo van a arrollar!

—¡El loco de las curvas! ¡Se va a morir!

Se reían. Y yo me reía también. Imaginarme muerto ahí era tan gracioso como imaginarme vivo en otro sitio. Me tragué el resto del bollo con un sorbo de jugo tibio y me quedé sobre el cemento, escuchando a los niños vender bolsitas de agua a coches que no paraban. Uno, el que siempre está descalzo, se acercó a un coche negro. El conductor bajó la ventana, oyó el precio y le escupió. El niño se limpió la cara, bajó la cabeza... y siguió vendiendo.

—Los gusanos también hacen eso —dijo el que no existe—. Siguen comiendo, aunque los pisen.

Asentí.

—¡Abuelo! ¡Sal de ahí que vas a morir! —gritó una mujer desde un minibús. Tenía trenzas de colores y un bebé envuelto en tela amarilla.

—Déjalo —dijo otra—. Ese duerme detrás de la panadería. Dice que tiene alas.

Me miraron. Yo abrí los brazos.

—¡Soy el último ángel de esta curva! —
vociferé—. El que no existe me eligió.

Se rieron. El minibús se fue entre los charcos.

Fui a la casa de la mujer que grita todo el día.
La de la esquina. Tiene un espejo roto en la puerta.
Siempre huele a sopa que no se acaba. Me senté en
la entrada. El niño salió. Labio roto, ojo rojo, manos
llenas de barro. Me miró como si yo fuera una
cucaracha. Y yo lo miré como se mira a un espejo.

—Tu mamá también grita por dentro —le
dije—. Pero nadie la escucha.

Él no dijo nada. Solo entró y cerró la puerta.

—Todos los gritos se hacen muebles —susurró
el que no existe—. Por eso cuesta moverse en esas
casas.

Me levanté con esfuerzo. Me dolía la pierna
derecha.

La cicatriz en mi pierna, la que me regaló el
camión azul, volvió a doler. A veces la olvido. Pasé
por la escuela. Los niños estaban en fila, uniformes
desteñidos, mochilas rotas. La profesora los miraba
como si fueran sillas mal hechas.

—Ellos tampoco existen —dijo el que no
existe.

—¿Por qué?

—Porque sus voces no llegan a ninguna parte.
Se quedan atrapadas en el polvo de la tiza.

Me senté en la acera a ver pasar un mundo que ya no me pertenece. Un niño me dejó caer una naranja. Me guiñó el ojo. Yo respondí con una reverencia torpe y me comí la naranja con cáscara. El sol picaba, y el hambre no pide permiso.

Las moscas bailaban sobre mi cabeza como si fuera un tambor. Comían la piel, los pasos, los pensamientos. En esta curva, el hambre era una costumbre, como los gritos de la mujer de la esquina o los escupitajos de los coches negros.

Por eso camino a la sombra. Y cuando no hay sombra, camino por dentro.

—Por el pasillo del cráneo —me dijo el que no existe—. Ahí guardas los recuerdos que no son tuyos.

La primera curva de la tarde fue la de la Alcaldía. Ventanas negras, ojos cerrados. Adentro viven anfibios de voz blanda, que croan promesas y comen billetes. Salen ranas de corbata: sudorosas, con olor a menta vencida y aliento de traición. Caminan sobre alfombra. La alfombra se lo traga todo.

Mi pierna crujía como pan viejo. Me senté bajo una ceiba sin hojas. Desde ahí veía la puerta. Los sapos salían. Flacos, redondos, con los ojos vacíos y los bolsillos llenos. Uno subió a un coche. Otro saludó a una cámara sin cámara. Otro abrazó a una

niña disfrazada de secretaria. Una mujer con una carpeta azul seguía ahí desde la mañana. Ahora estaba sentada. Tenía las piernas hinchadas, a punto de romperse.

—¿Lo conseguiste? —le pregunté.

No me miró.

—Faltan dos firmas —susurró.

—¿Las venden? —pregunté.

No respondió. Solo abrazó más fuerte la carpeta.

—Las venden —dijo el que no existe—. Pero solo a los que no las necesitan.

Me reí. Salí de ahí. No me gustan los gritos de carne. Hacen eco por dentro. No fui a la iglesia por fe, sino porque a veces daban pan viejo. Pero ese día olía a perfume barato y sudor de micrófono. La música era mala, los gritos eran tambor y saltos sin sentido. El pastor, con traje blanco, gritaba con voz de trueno:

—¡Suelta ese espíritu! ¡Suelta ese demonio!
¡Trae tu ofrenda! ¡Dios no quiere tu pobreza!

Las mujeres lloraban, los hombres temblaban, y los niños dormían.

Me acerqué por el callejón lateral, donde suele haber basura fresca y vasos con sorbo. Esta vez encontré la sombra del pastor, mano alzada, y a su esposa encogida, como ropa mojada. La mano que

antes levantaba biblias ahora levantaba marcas, y ella solo aguantaba.

—¿Por qué no le grita a su demonio ahora?

—pregunté al que no existe.

—Porque ese demonio es él —respondió.

Pasé al parque. Los columpios vacíos, salvo el niño que golpeaba raíces con un palo.

—¡Soy el Rey del Subsuelo! —gritó al verme.

Sonrió y golpeó el aire con su bastón.

—El que no existe dice que tú sí eres real —le dije.

—¡Tú, también! —respondió, y continuó castigando la tierra.

Las palomas me rodearon; les di migas de pan que no tenía, y se quedaron igual.

Un coche negro pasó con un cura dentro. Bajó el vidrio, me miró.

—¡Dios te librará si te arrepientes! —escupió.

—Bendíceme con tus pecados, padre —le grité—. No tengo dinero para comprar los míos.

Me miró asqueado y se fue.

El que no existe me palmeó la espalda. Seguí caminando con mi pierna mala y olor a mundo sin bañar, con la cabeza llena de muebles invisibles.

Desde el tercer piso del frente, una mujer gritaba como si pariera piedras, golpes, y luego nada, solo la televisión olvidada encendida.

—¿No vas a hacer nada? —le pregunté al que no existe.

—No intervengo —dijo—. Solo observo. Como tú.

—Entonces, no sirves para nada.

—Eso dice Dios —respondió, sonriendo.

Me reí con telarañas en los dientes.

El sol bajaba y seguimos caminando. El cielo se cerraba y yo seguía ahí, con el estómago en huelga y la mente llena de muebles pesados. Recordé un olor: sopa caliente, cortinas, risas de niña, una mujer llamándome por mi nombre. Pero eso fue antes de los muebles.

—No sé —dije—. Pero sé que, si la locura es un lugar, tiene sombra y sabe a pan mojado.

El que no existe no dijo nada, se sentó a mi lado, y juntos vimos caer la tarde, como una sábana sucia sobre el mundo. La noche llegó sin aviso, como un cuerpo muerto desde un techo. Las luces parpadeaban, con miedo.

—Ahora vienen los invisibles —dijo.

Ya sabía a quién se refería. Los que solo salen al huir el sol: niños con cuchillos, viejas con hambre, hombres sin sombra, mujeres sin nombre. La curva se volvió un espanto, cada rincón tenía ojos, aunque nadie miraba. Pasó una patrulla lenta, como si no

quisiera saber. Pasó otra, frenando frente a cualquiera que pudiera sacar un centavo.

—Ellos sí existen —dije.

—Solo cuando les conviene —respondió.

Unos muchachos se acercaron: ropa grande, olor a químico y desesperación. Uno se rascaba el pecho como si le picara el alma.

—¿Qué miras, viejo? —ladró.

—Nada que no haya visto antes.

Se rieron huecamente. Uno tiró una piedra al poste y se apagó la luz.

—Ahora estamos todos ciegos —dijo el que no existe.

Y era cierto. Pero eso no impedía que viéramos. La noche siguió su ritual: en una esquina vendían cuerpos por monedas, en otra, monedas por polvo. Un niño dormía con un perro muerto como almohada, una anciana hablaba sola en un idioma olvidado. Me senté, como cada noche, a contar los pasos de tacones viejos de las niñas que el carro grande recogía cada noche conscientes de que no siempre vuelven todas.

—¿Y mañana? —pregunté.

—Mañana será otro cadáver envuelto en sol.

—¿Y tú?

—Aquí, siempre.

EL SILENCIO DE MAMÁ

Anastasia Carmen ABOGO ASUMU EZUGU



Virgilio Flores Esono

A veces mamá llegaba con los ojos brillantes. No de alegría, no. Brillantes como cuando se iba la luz y quedaba un poco de vela pegada en las pestañas. Yo la miraba y ella me sonreía. Tenía la sonrisa rota. Pero igual la usaba.

Nuestra casa olía a keroseno y a ropa mojada. Los colchones estaban más cansados que nosotros. Mi hermano pequeño dormía con los pies fuera de la manta y el techo goteaba cada vez que el cielo se ponía triste. Las paredes transpiraban humedad y, en las esquinas, crecían sombras, como si también quisieran esconderse.

A veces no había comida. Pero otras veces... aparecían billetes doblados dentro del tarro del arroz. Llegaban sin ruido. Como si el viento los dejara ahí, como un secreto. Mamá nunca decía de dónde salían. Y yo nunca preguntaba. Pero una vez la vi volver con los labios borrados, los ojos sin pintura y la ropa como si se hubiera peleado con alguien y hubiera perdido. Esa noche se quedó mucho rato sentada en la cocina, con la espalda encorvada y los pies descalzos, mirando la llama azul del hornillo como si quisiera meterse dentro.

Había un hombre que venía los miércoles. No era tío. No era nada. No saludaba. Solo entraba y miraba. Y mamá lo dejaba pasar. Siempre. Entonces yo me encerraba con mis hermanos en la habitación

de atrás. Jugábamos a los nombres, a contar las grietas del techo, a taparnos los oídos con canciones inventadas. Pero, a veces... se oían cosas. Sonidos que no tenían nombre, ni forma, ni consuelo.

Había otro que venía los sábados. Ese traía caramelos. No siempre. Solo cuando no olía a amoníaco y cerveza, como la que se escapaba del bar de la vecina, esa a la que mamá decía que no debíamos mirar. Ese hombre, a veces, me llamaba «princesa» y me revolvía el pelo con la mano. Pero otras veces no decía nada. Entraba rápido, como si la casa lo estuviera escondiendo de algo o de alguien. Mamá le abría, aunque sus manos temblaran, y cuando él se iba, ella se encerraba en el baño. Dejaba correr el agua por mucho rato, aunque el grifo estuviera roto y no cayera ni una gota desde el miércoles.

El de los lunes era el peor. Tenía voz de trueno y pasos pesados. Una vez rompió la puerta con un solo golpe. Gritaba como si mamá le debiera la luna. Yo lo vi empujarla contra la pared. Vi el cinturón. Vi cómo mamá se quedaba callada. Como siempre. Después, cuando todo se calmaba, ella me preparaba arroz con sardina y me decía:

—Come, mi amor. Ya pasó.

Pero no pasaba. Nunca pasaba. Solo se escondía, como una víbora dormida bajo la cama.

Una vez le pregunté a mamá si era feliz. Ella me miró con los ojos más cansados del mundo. Y me acarició la cara, sin decir nada al principio.

—Cuando tú sonríes... me duele menos —me respondió.

Cuando mamá tenía que salir, nos dejaba con la abuela. Ella estaba mal de la espalda, así que se quedaba en el sofá viejo, cerca de la puerta, con una manta en las piernas y los ojos medio cerrados. Parecía dormida, pero escuchaba todo. Incluso cuando no queríamos que lo hiciera. A veces, preparaba la cena a duras penas; hervía arroz blanco con sal y partía plátanos verdes con las manos porque ya no podía con el cuchillo. Se quedaba dormida con la cuchara en la olla, y yo la vigilaba para que no se quemara.

Mamá solía volver cuando ya nos habíamos dormido. A veces, la escuchaba caminar sin hacer ruido, descalza, como si su cuerpo flotara. En otras ocasiones, se oía un coche grande aparcar afuera, y ella tardaba en bajar. En ocasiones, un señor que nunca se quedaba a conocernos la acompañaba hasta la puerta y le susurraba algo al oído. Esas palabras forzaban su sonrisa, como si le dolieran.

Una noche, la abuela le dijo, sin mirarla:

—No tienes por qué aguantar tanto, hija.

Y mamá respondió bajito:

—Y si no lo hago, ¿quién va a curarte?

La abuela se fue apagando como una vela vieja. No fue de golpe, sino con pausas. Tosía, le ardía el pecho, tenía fiebre.

Mamá salió una tarde sin decir nada. Llevaba el cabello recogido, como cuando no quería hablar con nadie, y los labios apretados como si sujetaran el mundo. Regresó muy tarde esa noche. Traía una bolsita del hospital con pastillas y papeles doblados. No dijo de dónde había sacado el dinero. Pero yo vi su falda rota, el maquillaje corrido, y cómo se sentó en el suelo, con la cabeza colgando y los ojos vacíos, como si alguien le hubiera robado el alma.

La abuela, cuando podía, me contaba cuentos. Tenía una voz ronca, pero suave. Me hablaba de mujeres que se convertían en lluvia y de madres que sembraban fuego para que sus hijos tuvieran luz.

—Tu madre tiene una fuerza rara —me dijo una vez—. Pero que una sea fuerte no quiere decir que no tenga miedo.

Una tarde, la abuela se cayó en el baño. Grité. Mamá vino corriendo. La levantó del suelo sin decir nada. Yo nunca olvidé esa escena: mamá con las rodillas en el agua sucia, abrazando a su madre como si fuera una niña dormida. Esa noche no salió. Nos preparó sopa con hojas y pan del día anterior. Nos cantó bajito mientras comíamos. Después se quedó

dormida en el sofá, junto a la abuela, con una mano sobre su pierna. Yo la cubrí con la manta de cuadros. Ella no se despertó.

Una noche, mamá salió al patio. Se sentó en la piedra grande donde antes pelaba yuca. Tenía los pies descalzos y las uñas rotas. El cielo estaba limpio, pero parecía frío. Y ella lloraba sin hacer ruido. Como si no tuviera derecho a hacer ruido. Me senté detrás de ella, sin que me viera. Le hablé bajito:

—Mamá... ¿te duele?

Ella no respondió. Solo estiró el brazo, me abrazó sin mirarme y apoyó su cara en la mía. Su piel estaba caliente. Y su alma... muy lejos. Mamá no decía mucho. Pero su cuerpo hablaba. Sus manos temblaban cuando lavaba. Sus ojos se apagaban cuando la gente reía. Y su espalda estaba llena de secretos que pesaban.

Una vez, en la escuela, la maestra dijo que las mamás eran como reinas. Y todos los niños dibujaron coronas y castillos. Yo dibujé a mi mamá con una sábana sobre los hombros y un hueco en el pecho. Me pusieron una carita triste. Pero no entendieron.

Es que mi mamá no tenía corona. Tenía cicatrices. Y las escondía con maquillaje barato y perfume fuerte. Pero cuando sonreía de verdad...

cuando reía sin pensarlo, cuando cantaba mientras pelaba plátano... yo sabía que seguía viva. Y mientras ella estuviera viva, yo también. A veces, cuando estaba sola, pensaba en cuando fuera grande. No sabía si querría ser como mamá. No sabía si podría. Pero sí sabía algo: si algún día tenía una hija, querría que me escuchara reír... sin tener que esconderme en el baño.



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN

